

La palabra en el protestantismo

por Pedro Zamora

1. Introducción

Ni qué decir tiene, que *La Palabra* es parte fundamental de la teología protestante; y no sólo de la teología, sino de la espiritualidad protestante². Esto es de conocimiento popular. ¿Quién no ha oído del principio reformado de la *Sola Scriptura*? Según este principio, la iglesia y el creyente sustentan su fe en Cristo, ya sea en su forma intelectual (definición doctrinal) o vivencial (experiencia y ética), sólo sobre las Escrituras. Se podría afirmar sin caer en burdo simplismo, que la Palabra es para el protestantismo lo que la iglesia para el catolicismo.

Cualquier lector avezado en teología, se habrá percatado de inmediato de la asociación que he hecho entre *Palabra* y

¹ Pastor de la *Iglesia Evangélica Española*, actualmente dedicado a la docencia como director del *Seminario Evangélico Unido de Teología* (El Escorial) y profesor colaborador asociado de la *Universidad Pontificia Comillas*.

² Hablaremos aquí de *Protestantismo* en términos muy genéricos, esto es, abarcando todas las ramas eclesiales distintas a la *Iglesia Católica* que han surgido desde los movimientos de reforma del s. XVI. Muchos protestantes se consideran a sí mismos sólo *evangélicos*, y reservan el adjetivo *protestante* para las iglesias que nacieron de la Reforma de Lutero y Calvino, que según ellos nunca llegaron a 'depurar' por completo su origen católico.

Escrituras. En efecto, en la piedad o espiritualidad protestante más popular, estas dos palabras son perfectamente intercambiables; para muchos se trata simplemente de dos sinónimos de una misma y única identidad: la Biblia cristiana. Sin embargo, las distintas tradiciones eclesiales protestantes se diferencian entre sí por su comprensión de la Palabra y cómo la entienden con relación a las Escrituras.

Dicho de otro modo, a pesar de que la Palabra es fundamental en todo el arco confesional protestante, existen diversos modos de comprender y vivir dicha Palabra. Espero mostrar a lo largo del presente artículo tales diferencias, pero siempre como ilustración del lugar único que la Palabra ocupa en la vida de fe de las iglesias protestantes, igual que en el cristiano protestante.

En tanto que uno de esos cristianos protestantes, voy a fundamentar mi argumentación sobre algunos textos fundamentales del protestantismo y sus tradiciones teológicas más relevantes, pero sobre todo expondré mi propia visión personal, como ejemplo vivo de lo que un protestante puede pensar. Pero obviamente, este enfoque personal no pretende ser representativo de todo el protestantismo.

2. Palabra e Iglesia³

Cuando Lutero fue excomulgado por el papa León X⁴, viéndose la reforma abocada a la desaparición o bien a encontrar su propio camino, se puso a trabajar de inmediato –o sea, a polemizar con las autoridades y teólogos católicos– sobre las propiedades o características de la verdadera iglesia, un tema que ya venía de lejos en la iglesia católica⁵. Pero en el entorno reformado surgirá la expresión apologética de las *notae ecclesiae*, que se convertirá en *lugar común* de las muy diversas teologías protestantes⁶. El primer gran documento doctrinal ‘oficialmente’ reformado, la *Confesión de Augsburgo* (1530), redactada sobre todo

³ El autor agradece a sus compañeros de teología sistemática de SEUT algunos importantes datos y orientaciones para la elaboración de esta sección.

⁴ La excomunión se ejecutó por medio de la bula *Decet Romanum Pontificem* (1521), que fue precedida por el aviso de la famosa bula *Exsurge Domine* de 1520.

⁵ El *Credo de Constantinopla* (381) es el primero en definir cuatro propiedades de la iglesia verdadera: unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad.

⁶ Lutero fue el primero en definir la predicación del evangelio como la principal característica de la verdadera iglesia (es fundamento de su argumentación en su “Derecho de la comunidad a elegir a sus predicadores” de 1523 –cf. Lutero. Obras, ed. de T. Egido, Sígueme: Salamanca, 1977). Pero sería Melancton quien calificara las propiedades esenciales de la iglesia verdadera de *notae ecclesiae* en 1531, concretamente en su *Apología de la Confesión de Augsburgo* (1530), que luego serían introducidas en la versión de 1535 de sus *Loci Communes*, publicados originalmente en 1521.

por Melancton pero inspirada por Lutero, afirma en su artículo VII (La iglesia):

Se enseña también que habrá de existir y permanecer para siempre una santa iglesia cristiana, que es la asamblea de todos los creyentes, entre los cuales se predica genuinamente el evangelio y se administran los santos sacramentos de acuerdo con el evangelio.⁷

La predicación genuina del evangelio y la recta administración de los sacramentos, son los dos pilares de la iglesia, esto es, sus propiedades fundamentales. Y por si esto no quedara claro, se afirma a continuación:

Para la verdadera unidad de la iglesia cristiana es suficiente que se predique unánimemente el evangelio conforme a una concepción genuina de él y que los sacramentos se administren de acuerdo a la palabra divina.⁸

Si la recta predicación del evangelio y administración del sacramento es pilar de la iglesia, también es fundamento de su unidad. De un plumazo teológico, Lutero y Melancton eliminan las cuatro propiedades o atributos de la iglesia que se habían venido defendiendo desde el *Credo de Constantinopla* a lo largo de la Edad Media, sustituyéndolos por uno sólo: la recta predicación del evangelio. Y digo uno, porque el segundo sobre los sacramentos, es enteramente dependiente del primero, como acabamos de ver

⁷ *Confesión de Augsburgo* (edición de R. Hoferkamp, La Reforma-Fortress Press: Riopiedras-Filadelfia, 1980), pág. 15.

⁸ *Ibidem*.

en el artículo VII de la *Confesión de Augsburgo*.

A partir de este enfoque luterano, las diversas ramas evangélicas pueden matizar o añadir –no mucho– a estas *notae ecclesiae*, pero siempre asumiendo que la recta predicación del evangelio determina la genuinidad de la iglesia⁹. Otro documento reformado importante, la *Confesión Escocesa*¹⁰ (1560), en este caso de tendencia calvinista, recoge y amplía este principio establecido por el luteranismo:

Creemos, reconocemos y afirmamos, por tanto, que las marcas de la verdadera Iglesia son: primero, la predicación correcta de la Palabra de Dios, en la cual Dios se nos ha revelado, como lo declaran los escritos proféticos y apostólicos; segundo, la correcta administración de los sacramentos de Cristo Jesús, con los cuales deben asociarse la Palabra y la promesa de Dios para sellarlos y confirmarlos en nuestros corazones; y finalmente, la disciplina eclesiástica justa y honestamente aplicada, como lo estipula la Palabra de Dios, por la cual se reprime el vicio y sustenta la virtud.

Dentro de la tradición reformada calvinista, de la que forma parte la iglesia de Escocia, cobró mucha importancia la disciplina eclesiástica, heredando así el interés de Calvino por añadir este tema

⁹ El propio Lutero añadirá nuevas *notae ecclesiae* en su *De los concilios y la iglesia* de 1539, si bien todas ellas seguirán dependiendo de la predicación del evangelio.

¹⁰ Versión castellana del *Libro de Confesiones* de la Presbyterian Church (USA), Louisville, 1995, pág. 20.

a las marcas o señales (*notae*) de la verdadera iglesia¹¹. Sin embargo, de nuevo hay que destacar la estrecha vinculación que esta tercera señal tiene con la Palabra de Dios. De hecho, esta dependencia de ella hace que el concepto de disciplina eclesiástica de las iglesias protestantes se aleje mucho de la disciplina eclesiástica católica, hoy día recogida fundamentalmente en el *Código de Derecho Canónico* de 1983.

Antes de seguir, es importante percatarse de que estas dos tradiciones, la calvinista y la luterana, no dejan de tener, a pesar de todo, un enfoque netamente católico: las *notae* corresponden sobre todo a la institución eclesial, pero no necesariamente a la comunión de los santos. Lutero lo expresa con rotundidad en su “Derecho de la comunidad a elegir a sus predicadores”¹²:

¹¹ Calvino compartía enfoque con Lutero acerca de las *notae ecclesiae*. De hecho, cuando las menciona explícitamente en su *Institución de la Religión Cristiana* (Libro IV, capítulo I,9 “Las señales de la iglesia visible”), sólo habla de la predicación y los sacramentos (cf. edición castellana de 1967, FELIRE: Rijswijk,, vol. II, pág. 812). Sin embargo, en su gobierno de la iglesia de Estrasburgo, primero, y luego en la de Ginebra, dará también importancia a la disciplina de la iglesia. Esto se refleja en el prólogo de las famosas *Ordonnances ecclésiastiques* de la Iglesia de Ginebra (1541), en cuyo prólogo expone la importancia de esta disciplina eclesiástica para “que la doctrina del santo Evangelio de nuestro Señor sea mantenida en su pureza y la iglesia cristiana sea debidamente conducida” (cf. el texto en *Centre de Ressources Réformées Francophones* [www.crrf.net/main/calvin_ordonnances.html]).

¹² *Op. cit.* pág. 206.

De esta suerte estamos seguros de que es imposible que donde actúa el evangelio no haya cristianos.

Es decir, estas *notae ecclesiae* no han sido adscritas a los feligreses reunidos que forman así la iglesia verdadera porque cada uno de ellos –o al menos una mayoría– tiene una fe genuina, sino a la estructura política de ésta. Por esta razón, la predicación y la administración de los sacramentos están sujetas a las autoridades de la iglesia que ejercen la disciplina eclesial. Pero no se olvide que la eclesiología de estas iglesias lleva a una estructura política mucho más democrática que la católica, sobre todo en la tradición calvinista (¡a pesar de la reputación teocrático-dictatorial atribuida al liderazgo de Calvino en Ginebra!), y luego también en la propia evolución de las iglesias luteranas. Por eso no se puede decir que las autoridades eclesiásticas hayan sido nombradas sin el pueblo de Dios.

Por otro lado, sí hubo otra rama protestante que sí puso desde el principio el acento sobre la comunión de los santos. De hecho, el movimiento evangélico de reforma que se venía gestando ya abiertamente desde mediados del s. XV, pretendía recuperar el sentido primitivo de la *Communio sanctorum* según lo describe el libro de *Hechos de los Apóstoles* en los famosos sumarios de 2,42.43-47 y 4,32-37 y también según la teología paulina de *1Corintios* 12. Sin embargo, a la hora de la verdad este aspecto fue recogido especialmente por la reforma radical, en la que destacaron las iglesias anabautis-

tas¹³. Éstas, son exigentes en la militancia: su acento es la vivencia del creyente y la iglesia, y no tanto las señales más o menos institucionales.

Escuchemos a Menno Simmons, destacado líder de los anabautistas comunitaristas y pacifistas del s. XVI:

Verdaderamente esperamos que nadie de mente sana sea tan necio como para negar que todas las Escrituras, el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, existen para nuestra instrucción, amonestación y corrección, y que son el verdadero cetro y reglamento por el que el reino, la casa, la iglesia y la congregación del Señor, tienen que regirse y gobernarse. Por lo tanto, todo lo que se opone a las Escrituras, sea en doctrinas, creencias, sacramentos o vida, se debe medir por esta regla infalible y destruir por este justo e infalible cetro, y destruir sin respeto a la persona.¹⁴

A simple vista, se trata del mismo enfoque sobre la Palabra que ya hemos visto en el luteranismo y calvinismo. Pero si leemos detenidamente, veremos que hay unas importantes diferencias:

1.- Aquí se es mucho más concreto: se habla de las Escrituras directamen-

¹³ De hecho, el propio joven Lutero no era ajeno al ideal de una militancia evangélica como fundamento de la iglesia. Así se percibe con cierta nitidez en el denominado “tercer orden de la misa”, que expone en el prólogo de su “Misa Alemana” de 1526 (cf. el texto castellano de la edición de Teófanos Egido, *Lutero. Obras*, Sígueme: Salamanca, 1977, pág. 281).

¹⁴ Tomado de W. Klaassen, *Selecciones teológicas anabautistas*. (Herald Press: Scottdale, pág. 120).

te, y no del más genérico “la Palabra” o “predicación del evangelio”;

2.- El acento está puesto sobre la obra o eficacia de las Escrituras: amonestación, corrección e instrucción, eliminando cuanto no sea conforme a ellas.

Así como en el luteranismo y calvinismo, la recta predicación del evangelio es suficiente para decir que donde se predica rectamente ahí está la iglesia verdadera, aquí se pone el acento en la comunidad de los santos que obedecen a las Escrituras, de donde resultará que la militancia se convierta en definitoria de la genuina iglesia.

Con este recorrido sobre tres importantes ramas del protestantismo, hemos establecido un hecho destacado de las reformas evangélicas del s. XVI: su ecle-siología no puede entenderse sin el lugar central de la Palabra, cualquiera que sea su tendencia teológica.

3. ¿Qué es pues la Palabra?

Hasta aquí hemos venido hablando de *la Palabra* sin ningún tipo de explicación o matización. Sin embargo, acabamos de ver que por tal se podría entender, en sentido muy restrictivo, las Escrituras, o también podría entenderse una acción particular dentro de la iglesia (y también del mundo) que involucra de modo especial a las Escrituras.

En los ámbitos protestantes españoles suele hacerse esta simplificación: la Palabra es la Biblia. Aunque se sabe que la Palabra es Cristo (sobre todo gracias a Juan 1,1), lo cierto es que la Biblia cris-

tiana se ha convertido en sinónimo de *la Palabra*. En la Biblia se encuentra el único fundamento de la doctrina, y en ella se encuentran todas las respuestas que el creyente se plantea. Pero lo cierto es que esto es apenas una pobre caricatura de lo que debiera significar la Palabra en las iglesias evangélicas.

3.1. La teología magisterial

Si nos volvemos a las confesiones de la teología magisterial, como la luterana y calvinista, nos percatamos de que la Palabra es algo más que sólo el texto de las Escrituras. Para la definición de la verdadera iglesia, el texto de las Escrituras debe ser *predicado*; y no sólo predicado, sino *rectamente* predicado. Eso sí, rectamente predicado quiere decir que la proclamación o predicación de la Palabra de Dios se hace conforme a la correcta interpretación de las Escrituras, que necesariamente conduce siempre al evangelio. Los luteranos gustaban de hablar del *evangelio* como la esencia de todas las Escrituras, alineándose sin duda con la tradicional lectura cristológica de las Escrituras.

Pero este enfoque no puede confundirse con un biblicismo como el que se percibe hoy día en muchas lecturas literalistas de la Biblia, generalmente provenientes del fundamentalismo evangélico. Todo lo contrario, para la teología magisterial la Palabra debe entenderse como la acción divina de comunicación viva con su iglesia a partir de las Escrituras. O dicho de otro modo, toda verdadera comunicación divina arranca necesariamente de las Escrituras, pero no toda comunicación que arranque de

ellas es verdaderamente divina. Por eso, en términos generales se entiende que la recta predicación del evangelio es la que hace presente a Cristo, la Palabra por antonomasia, en medio de la iglesia.

Ni qué decir tiene, que este enfoque tiene como consecuencia más inmediata trasladar el centro cultural de la iglesia de la eucaristía al púlpito. Es el púlpito el lugar desde el que debe irradiar la verdadera presencia de Cristo en la asamblea congregada¹⁵. Es cierto que sería deseable que ésta respondiera al púlpito como testimonio de la presencia de Cristo. Sin embargo, desde este enfoque no es determinante: cualquiera que sea la respuesta de la asamblea, lo determinante es que la predicación haya sabido presentar a Cristo. Y allí donde está Cristo, hay sin duda iglesia (cf. *supra*, la cita del “Derecho de la comunidad a elegir a sus predicadores” de Lutero).

Creo que este enfoque sigue dando hoy día mucha ‘garra’ al protestantismo. De él surge y surgirá permanentemente la fuerza de su renovación espiritual y de su capacidad para actualizar el significado de predicar el evangelio en cada generación. Pero obviamente, el adverbio *rectamente* conlleva otro acento tam-

¹⁵ En buena lógica, la Palabra no sólo debiera haber llevado a la centralidad del púlpito, sino a la centralidad del anuncio en la calle. Pero en el caso luterano se quedó en sólo el púlpito, porque en su contexto de cristiandad la sociedad era cristiana, y el púlpito una palestra pública de primer orden. El problema hoy día es que éste ya no es el caso, y muchas iglesias no saben cómo llevar el púlpito a la calle.

bién típicamente protestante magisterial y mucho menos vital, al menos en apariencia: la *docencia*. Para la vida de la iglesia será vital la formación de los predicadores, asegurando de este modo su recta predicación, para lo cual también será esencial su recta interpretación de las Escrituras. Pero este adverbio será culpable del ‘escolasticismo evangélico’ que se desarrollará a partir del s. XVII entre las iglesias de la reforma magisterial, poniendo la ortodoxia de la definición doctrinal en el centro de la predicación evangélica. Bajo este escolasticismo, ya no se tratará tanto de presentar a Cristo mismo, cuanto de definir correctamente las doctrinas sobre Cristo desde el púlpito.

Y desde entonces, el conjunto del protestantismo siempre es susceptible de sucumbir fácilmente a la tentación de ‘matar’ la predicación del Cristo vivo por medio de una predicación centrada en la precisión doctrinal. Y esto independientemente de la ideología teológica que se siga: ya sea el protestantismo fundamentalista o el liberal, puede caer fácilmente en el racionalismo. Por este motivo, se podría decir –no sin cierto grado de simplismo consciente– que el protestantismo siempre se debate y debatirá entre su sumisión –aunque pueda incluso tener forma de fideísmo – al racionalismo, o su renovación espiritual de una predicación viva que verdaderamente presente a la asamblea reunida al Cristo crucificado y resucitado (*Gálatas* 3,1) que le devuelva la experiencia de la libertad evangélica que experimentaron aquellas primeras asambleas evangélicas del s. XVI.

3.2. La teología radical

Toca ahora prestar atención a la teología anabautista sobre la que también vimos algo en la sección 2. Además, en el caso español la abrumadora mayoría de iglesias y corrientes teológicas beben de la fuente anabautista, aunque también hay que decir que buena parte de estas iglesias se queda con los aspectos más secundarios de aquella reforma radical.

Si para la teología magisterial el Cristo vivo está presente en la recta predicación, se puede afirmar, *grosso modo*, que para la teología anabautista o radical, Cristo se hace presente en la comunidad que obedece a su Palabra. De no ser así, para los radicales la Palabra, por muy recta que fuera, no sería más que una entelequia, una creación artificial sin realidad sustancial.

Hay que tener muy en cuenta que el proyecto anabautista o radical, aunque muy diverso y fragmentado por su propia naturaleza, podría resumirse en su determinación por recuperar el espíritu y la forma de la iglesia primitiva según la definición de Lucas en el libro de *Los Hechos de los Apóstoles*. Es decir, en conjunto se trataba de romper con el modelo constantiniano que había alimentado a la iglesia hasta el s. XVI (y que sin duda pervive hoy en no pocos países). Este modelo, caracterizado por la estrecha colaboración entre iglesia y estado, llevó a la total exclusión de la feligresía de la toma de decisiones eclesiales. Y esto tuvo no sólo un alcance puramente político, sino que llegó a desfigurar la esencia de la iglesia como congregación de los

santos, esto es, de todos los santos, y no sólo de sus 'autoridades'.

Para romper este modelo constantiniano, la Palabra era fundamental entre los radicales, sobre todo porque la totalidad del movimiento reformista había desechado todos los referentes que no fueran la Palabra. Es decir, si en algo hay acuerdo entre todas las tendencias reformistas del s. XVI –y desde entonces entre todo el protestantismo–, es sobre la *Sola Scriptura*. Pero en el movimiento radical, la Palabra necesitaba imperiosamente concretarse, materializarse en la comunión de los santos. Quizás de ahí que se buscara en el texto sagrado un modelo concreto bien perfilado y definido, no sujeto a interpretaciones abiertas. Es decir, el movimiento radical trascenderá la *recta predicación del evangelio* para llegar al *recto seguimiento de Jesús*, y derivado de éste, al *recto modelo de comunión de los santos claramente establecido en las Escrituras*. Si en la reforma magisterial la cristología ejerce una función mediadora entre Palabra y Escrituras, en el anabautismo esa función la ejercerá el seguimiento de Jesús, o sea, sobre todo del Jesús presentado por los Evangelios.

Éste es el marco que establecieron los dos movimientos principales de reforma de la iglesia del s. XVI, en el que se han movido los movimientos evangélicos posteriores. Y de la mezcla de ambos polos han surgido derivas de todo tipo que no son del todo coherente con sus supuestos orígenes. Por supuesto se puede hablar de 'cruce-fertilizador', aunque no siempre los cruces son tan positivos. En nuestros días están cobrando más fuerza modelos eclesiales

que mezclan el antiguo escolasticismo reformado con el fundamentalismo, cuyo origen –no se olvide¹⁶—es ilustrado (racionalista). Además, puede estar adobado con unos acentos moralistas a modo de remedo del seguimiento radical de Jesús. Algunos llamamos ‘evangelicales’ (del inglés *evangelical*) a estos modelos por su procedencia eminentemente norte-americana, a fin de distinguirlos de movimientos propiamente evangélicos que tratan de mantener lo esencial de las reformas del s.XVI.

3.3. La Palabra

Tras este recorrido, se hace claro que es difícil definir qué es la Palabra para el protestantismo en general, porque una cosa es lo que se proclama como teoría o doctrina básica, y muy otra las distintas prácticas resultantes. Con todo, en ninguna tradición teológica evangélica la Palabra es confundible sin más con las Escrituras. Éstas juegan siempre un papel esencial, pero no único. Siempre hay algún otro componente humano o divino que hacen de la Palabra una realidad compleja. Pero en cualquier caso, hay que entender que **en toda teología protestante por medio de la Palabra se afirma la comunicación directa y objetiva de Dios a su iglesia y al mundo en los términos por Él mismo escogidos, y se rechaza la necesidad de fijar mediaciones objetivas (humanas) para dicha comunicación.**

Es éste el *quid* de la cuestión, y el verdadero desmarque de la teología católi-

ca, que de alguna manera establece como mediación objetiva la iglesia, entendiéndose por tal el magisterio eclesiástico, esto es, episcopal y finalmente papal. El católico que quiera entender el concepto de Palabra en el protestantismo, debe tener en cuenta que éste se resiste a definir mediaciones objetivas por el otro gran principio evangélico: la *Sola Fides*. Es decir, el protestante entiende que recibe la Palabra de Dios por medio de la fe, no gracias a las garantías de mediación objetiva alguna. Muchos protestantes aceptan –aceptamos– de buen grado que siempre hay mediaciones objetivas entre el ser humano y la Palabra de Dios. Pero estos mismos se resistirían –nos resistiríamos— a definir las y fijarlas, al entender que es Dios mismo quien elige las mediaciones para su comunicación. Y una de las que sí ha establecido como fundamentales y universales, son las Escrituras. Y a partir de ahí Dios puede escoger muchos otros apoyos o mediaciones que considere necesarios, según las épocas y los lugares.

Quizás esta explicación dé buena cuenta de la porosidad del protestantismo respecto de su entorno social e intelectual: no teniendo más mediación fija que las Escrituras, hace libre uso de su entorno para interpretarlas y escuchar la Palabra de Dios. Por ejemplo, la incorporación en el s. XIX de las ciencias histórico-literarias a la exégesis bíblica, se hizo con relativa rapidez en el protestantismo (a pesar de no pocos y acalorados debates), precisamente porque para muchos teólogos la *Ilustración* trajo consigo una nueva mediación que abría posibilidades para la interpretación de las Escrituras. Es decir, eran capaces de ver

¹⁶ Cf. *infra*, nota 17.

en la *Ilustración* también una acción divina. Y aunque muchos teólogos protestantes rebatieron este optimismo acerca de la *Ilustración*, lo cierto es que utilizaron las mismas armas ilustradas para rebatirlo. Y todavía hoy, el racionalismo es fundamento del fundamentalismo que rechaza la modernidad y post-modernidad ilustradas¹⁷. El caso es que en esta dialéctica, el protestantismo tiene plena confianza en que la Palabra de Dios se da en la iglesia; esto es, Dios se comunica ciertamente a su iglesia (y en el mundo) en cada generación, a partir de su permanente retorno a las Escrituras y en medio de mediaciones humanas cuyos contornos no siempre son precisos (es decir, no siempre son netamente buenos o malos respecto de la comunicación divina).

Para ir concluyendo el artículo, quizás resulte imprescindible volver a mi afirmación inicial de que la Palabra es al protestantismo lo que la Iglesia al catolicismo. Para éste, la iglesia es de alguna manera una de las mediaciones objetivas fijadas por Dios absoluta y universalmente. Y el catolicismo no puede entender a la iglesia desvinculada de las Escrituras, en la medida que éstas son el claro testimonio o incluso el resultado

¹⁷ A este respecto, el ensayo de G.T. Sheppard, "'Two-party' Rhetoric amid 'Post-modern' Debates over Christian Scripture and Theology" en D. Jakobsen y W.V. Trollinger (eds.), *Re-forming the Center*, (Eerdmans: Grand Rapids, 1998, págs. 445-466), es muy esclarecedor acerca de los falsos antagonismos comúnmente aceptados entre liberalismo y fundamentalismo, entre otras dicotomías epistemológicas actuales.

de la vida de la iglesia una, santa, católica y apostólica. Dicho de otro modo, se da una cierta simbiosis natural entre Escrituras e Iglesia, de modo que la Palabra surge armónicamente del concierto de ambas. Algo tiene que ver en este enfoque el que la doctrina católica oficial difícilmente pueda considerar pecadora a la iglesia¹⁸. En este sentido, se podría decir que las Escrituras son dependientes de la vida de la iglesia.

Por el contrario, el protestantismo en general mantiene una conciencia clara de la pecaminosidad de la iglesia, de modo que es ésta la que queda sujeta siempre al juicio de la Palabra, y por tanto cada vez que abre las Escrituras entiende que debe sujetarse a su eficacia redentora (que incluye juicio y redención). Creo que el texto de Deuteronomio 31,26 es muy apropiado de la comprensión protestante de la Palabra y, por ende, de las Escrituras:

Tomad este libro de la ley y ponedlo al lado del arca del pacto del Señor vuestro Dios, y esté allí por *testigo contra* ti.

Para el protestantismo, lo que la Palabra hace en el mundo, lo realiza primeramente y primordialmente en el seno del *Pueblo de Dios* (Israel y la iglesia). Sin esta Palabra de juicio y redención, la iglesia no es nada. Por eso los creyentes y las iglesias evangélicas se aferran a

¹⁸ Basta con leer entera la *Constitución Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II. Y como ejemplo particular, su afirmación del cap. V, art. 39: "La Iglesia [...] creemos que es indefectiblemente santa."

ella concededores de que sin ella retornarían a *La Cautividad babilónica de la iglesia* (permítaseme emplear este polémico título de una obra de Lutero). En efecto, a pesar de que las Escrituras pueden ser durísimas en su juicio del Pueblo de Dios, el creyente evangélico identifica en ellas el origen de su liberación, de su experiencia de libertad, mientras que experimenta la propia realidad pecaminosa de la iglesia como una amenaza constante de retorno a la cautividad. De ahí que la iglesia necesite estar siempre en reforma permanente, según la conocida divisa reformada: *Ecclesia reformata semper reformanda est*, aunque por alguna razón pocas veces se cita la última parte del lema, a saber: *secundum verbum Dei*.

4. Conclusión

Quizás sea el marco teológico evangélico establecido para la Palabra –nótese que ni siquiera hablo de doctrina nítidamente definida– el más característico del talante evangélico o protestante. Éste vive en la confianza de que Dios ciertamente habla en cada generación de una manera nueva, aunque siempre desde un mismo fundamento (las Escrituras). Quizás por eso el conjunto del protestantismo es expresión de un *cor inquietum*

que difícilmente se deja serenar por cualquier pretensión de ‘palabra o autoridad última’. Sin duda, hay muchas iglesias o tradiciones evangélicas que no parecerían responder a este carácter expectante, pero lo cierto es que en tomado en su conjunto, el protestantismo sí es un hervidero de mentes (e iglesias) inquietas. O sea, de ahí nace un sano inconformismo. Y ante la estima que el protestantismo tiene de esta *libertad evangélica*, pagará el precio que sea, como por ejemplo su fragmentación, o quizás cierta devaluación de la escucha y discernimiento comunitarios de la Palabra.

Espero haber abarcado de modo sintético y respetuoso la diversidad de posturas evangélicas o protestantes respecto de la Palabra, evitando perfilar un dogma unívoco protestante sobre la Palabra, y presentando, por contra, un marco doctrinal en el que nos encontramos prácticamente todos los evangélicos. Y sobre todo espero no haber empleado una jerga excesivamente evangélica, para que mis hermanos católicos puedan entender un punto tan fundamental de la teología evangélica.

El Escorial, 13 de mayo de 2008